

Diálogo entre la hija y la madre

Siento aproximarse la noche
envuelta entre quejidos y sombras.

No temas, mi vida,
que no he de abandonarte
ni despierta ni dormida.

Tendrás que arrullarme
con tu voz de terciopelo
para que despacio me adentre
en la quietud del sueño.

Cuando llegue la hora señalada,
te susurraré al oído
una dulce y enamorada nana.

¿Y si el frío
de mi corazón se apodera?

Le diré al dios de los cielos
que envíe el fuego de una estrella.

¿Y si la oscuridad
prende el miedo en mi cuerpo?

Encenderé los luceros que habitan
en las entrañas del firmamento.

En tu regazo, madre,
los sueños se he me harán eternos.

Y si así no fuera,
acosaría a la noche
hasta dar con ellos.

Ahora sé que a tu lado
se acallarán mis temores.

Deja que te mire,
deja que te adore,
deja, mi niña, que bese
tus manos de seda
y tus ojos verdes.

Si no tuviera cerca
tus ardientes brazos,
la pena de no sentirlos
me ahogaría
en mi propio llanto.

Si mis ojos dejaran de verte,
avivaría el fuego
que arde en mi vientre
hasta parirte de nuevo.

¡Nunca me abandones!

Siempre seré tuya.

¡Que no mueran tus amores!

¡Cómo han de morir
si eres mi sol y mi luna!

Canción a Isabel

Aún me siento palidecer cuando me miras, como un huracán envuelto en luces blancas. Sé que la noche es tuya y, sin embargo, trato fugazmente de apresarla subido a las ráfagas cálidas de tu cuerpo. Me dejo llevar en el fondo de tu espuma brava, cuando a borbotones se desata desde la entraña de ese pozo misterioso y negro que en ti se agita y duerme. Todavía amanezco en tu luz y muero en tu ausencia; te digo que eres el alma de las cosas y la esperanza que asciende por mis venas como un arroyo verde anhelando escuchar el rumor de los mares. Sin ti no existe ni la espera ni el deseo; ni las voces del alba ni los sueños que en mí se enredan bajo el palio oscuro de la madrugada eterna. Por ti lucho en el infierno, en el fuego ardiente y crepuscular, en el vértigo imparables de las horas, en el laberinto de la razón y la duda. Junto a ti descubro los enigmas del aire, las fuerzas que me alientan en el camino hacia la felicidad, el silencio que calla en el paraíso de tus labios. Pero, por encima de todo, mi corazón inmenso, todavía te amo porque sé que si no te amara, mi vida, enloquecida y muda, sucumbiría presa del miedo a no tenerte.